

das con otros tantos gefes albaneses de las provincias limítrofes, y á sus maridos, á sus sobrinos, á sus parientes, á los amigos y allegados de su casa, así como á los gefes de ciudades, de aldeas y de tribus de las montañas, unidos todos por el espíritu de raza y por el grito de la sangre. Doce mil albaneses y albanesas de todas edades y condiciones corrieron con las armas en la mano, con la religion ó la libertad en los corazones, á aquel gran consejo de la nación en Croya.

El nombre de Scander-Beg, su juventud, su fisonomía, su elocuencia, su posición en la Albania, su elevación en los ejércitos turcos, que sin duda sabría vencer, así como los había sorprendido con su audacia, el prestigio de su rebelión, la sangre del visir degollado por su propia mano, los cadáveres de los diez mil otomanos arrojados en señal de desafío á los soldados de Amurat II, animaron á aquella asamblea popular con un heroísmo, que se extendió al otro día por medio de las mujeres, los viejos y los niños hasta las últimas rocas de la Albania. Por unanimidad, el promovedor de la insurrección fué proclamado su gefe. La Albania no reconoció ya otro príncipe de la nación que el que la prometía su nacionalidad y su religion; tesoros, armas, brazos, corazones, vida y muerte, todo fué suyo, y Scander-Beg se hizo en

un día, no solo el rey, sino hasta el nombre de los albaneses.

XIX

Todas las ciudadelas del Epiro capitularon ante su sobrino Hamza ó sus capitanes. Petrella, ciudad reputada inexpugnable, que se halla sobre una roca perpendicular á tres millas de Croya; Petralba, otro asilo de los otomanos en la misma comarca; Stelusía rodeada por un río, Scutari, Arta, Alessio, Durazzo y Petra, se rindieron á la noticia de aquel levantamiento general.

Todos los príncipes, todos los begs, todos los gefes de aquellas regiones humillados también con su dependencia, corrieron á Croya, proclamaron dictador de su confederación unánime á Scander-Beg, le ofrecieron voluntariamente los hombres y los tributos necesarios para la emancipación común de sus Alpes, y llevaron al tesoro de la liga una renta anual de trescientos mil ducados para comprar su libertad deseada.

XX

Sin embargo, Ali-bajá, capitan de Amurat II, se adelantaba con una vanguardia de cuarenta mil hombres, vencedores de Huniade. Todo corria delante de ellos, y buscaba un abrigo cerca de las nieves. Scander-Beg que habria podido disputarles mucho mas tiempo aun las gargantas de la Macedonia, replegó sin combate sus avanzadas, y aparentó abrirlas la llanura interior de Croya como atemorizado por su crecido número. Esta llanura ancha y redonda como el cauce vacío de un mar antiguo, tiene por orillas pendientes escarpadas, de las cuales solo las colinas bajas se hallan cultivadas, y presentan algunas aldeas en la embocadura de los desfiladeros. Sobre estas colinas aplastadas se elevan unas sobre otras algunas mesetas escarpadas cubiertas alternativamente de bosques umbríos y de verdes prados, coronados con rocas parecidas á las torres y á las almenas de una inmensa fortaleza. Los torrentes que por allí se precipitan cuando se deshuelan las nieves, pasan espumantes por entre las hojas de los abetos y de los si-

comoros, y van á perderse en el rio que serpentea por el territorio de Croya.

En el centro de ese territorio, un promontorio ancho y lleno de rocas y de mesetas, se presenta al principio en cuesta suave, y luego se eriza en cono casi agudo, á cuyo derredor parece hallarse pegada en espiral la capital del Epiro, como una serpiente al rededor de una roca para calentarse al sol del levante. Sus fortificaciones, sus tejados llanos, su ciudadela, sus calles en escalones desiguales ó en rocas peladas, resbaladizas para las herraduras de los caballos y las mulas, sus minaretes, sus campanarios, ennegrecidos por la lluvia, calcinados por los ardores del estío, parecen uno de esos escollos inaccesibles del aire donde construyen sus nidos las águilas en la Macedonia. Entre la ciudad y la llanura, un camino abierto en la peña viva, cortado de distancia en distancia por fuertes torreones cerrados con puentes levadizos y coronados con azoteas rodeadas de higueras, desafia el asalto de todo un ejército. Solo la astucia pudo abrir á Scander-Beg un punto tan bien defendido; pero el patriotismo le cerraba lo bastante á las tropas de Ali-bajá, y Scander-Beg se confió en su situacion y en el buen ánimo de los habitantes.

XXI

Scander-Beg salió con treinta mil albaneses agueridos, y dejando la llanura vacía como un campo abierto, para los otomanos, desplegó su ejército en dos alas separadas una de otra por toda la anchura de Croya. Los turcos al bajar de las gargantas á la llanura, no distinguieron otro obstáculo delante de sí mas que el promontorio de Croya. Los desfiladeros, las colinas, los bosques y las rocas de aquel vasto recinto, les ocultaban la vista de los albaneses de Scander-Beg; pero en cuanto bajaron y se esparcieron en la llanura, los albaneses se desplegaron á su vez, se cerraron por todas partes sobre los otomanos, descubrieron sus cañones armados en los bastiones naturales de las montañas, cayeron sobre ellos por las brechas que abriera su metralla en la retaguardia, y estrechándoles por un lado contra las murallas fulminantes de Croya, por el otro con sus cargas de caballería, y á los flancos por sus baterías, degollaron y esterminaron á mas de veinte y dos mil turcos en aquel campo sangriento, desarmaron á los demas, les qui-

taron los estandartes, las tiendas, los tesoros, los caballos de todo el ejército, y solo permitieron la fuga á un puñado de guardias á caballo de Ali-bajá, para que fueran á llevar á Andrinópolis el terror y la venganza de aquel desastre.

XXII

La insurreccion triunfante de Scander-Beg que coincidia con la segunda abdicacion de Amurat II, retirado ya á sus delicias de Magnesia, no pareció sin embargo, á los visires del jóven Mahomet, bastante amenazante para enviar contra la Albania todas las fuerzas del imperio. La insubordinacion de los genizaros, la indolencia del sultan que llevaba con mano tímida las riendas del imperio, por último, la lentitud ordinaria de los turcos para reprimir esas rebeliones de provincias, cuyo fin se prometen pacientemente del tiempo, de la anarquía, de la rivalidad entre los gefes de faccion; todas esas circunstancias permitieron á Scander-Beg que pudiera reunir bajo su poderío toda la Albania, que se fortificara en ella, no ya como rebelde, sino como soberano. Firuz-bajá

y Mustafá-bajá, enviados sucesivamente con dos cuerpos de ejército al Epiro, dejaron allí como Ali-bajá, los cadáveres de sus soldados y el convencimiento de la impotencia de sus armas contra la fuerza del terreno, y contra la fuerza de la libertad.

Scander-Beg se aprovechó de aquellos plazos para implorar el socorro y la alianza de las potencias cristianas de la Italia y sobre todo del Papa. La fama de sus hazañas había atravesado las mares; la cristianidad veía en él al vengador de Varna, y veía el escollo del islamismo en las rocas de la Albania. Un crecido número de aventureros de Sicilia, de España, de la Calabria y de Alemania corrían á Croya para combatir bajo su estandarte.

Su causa sin embargo, no era tan religiosa como nacional, pues preocupado ante todo de estender y consolidar su dominacion sobre la altura de la Iliria, combatió á los bosniacos, mas cristianos que él y á los venecianos que le disputaban la fortaleza de Dayna. Hamza, su sobrino y discípulo, á quien quería dejar por su heredero, salió mal en su empresa contra los venecianos ante las murallas da Dayna; concluyó la paz con Venecia y se volvió contra un tercer ejército turco que se había aprovechado de aquella guerra, casi civil, para entrar en el Epiro, y socorrer á los venecianos, fieles aliados

de Amurat II. El bajá que mandaba aquel ejército, le llevó á su destruccion en el desfiladero de Dayna: todo pereció al filo de la espada, ó bajo las rocas que caían por aquellos despeñaderos. Solo el bajá y sesenta oficiales suyos, obtuvieron la vida á costa de su libertad; su rescate de veinte y cinco mil ducados de oro que Amurat pagó á Hamza, enriqueció los tesoros del príncipe de Albania.

XXIII

Amurat II acababa de subir por tercera vez al trono de Andrinópolis. La humillacion de sus armas y su resentimiento personal contra un antiguo favorito que se había hecho su rival en Europa, le arrancaron de las delicias de su serrallo. El soberano marchó en persona al Epiro con los dos ejércitos de Europa y de Asia reunidos, resuelto á cortar la insurreccion en su nacimiento, y esperó al verano de 1449 para subir á las alturas casi inaccesibles de la alta Albania, foco de la independenciam, y para bajar de allí á los valles, donde la fuerza numérica que llevaba, daría cuenta del valor de los insurrectos.

Amurat II dividió su ejército en dos cuerpos, y sitió á la vez á Sfetigrad y Dibra, las dos plazas fuertes del corazon de la Albania montañosa. Scander-Beg fiado en sus defensores y en sus trincheras, se emboscó cuidadosamente segun su táctica ordinaria, con sus patriotas mas enérgicos, detrás de los ejércitos otomanos, y á sus flancos. Tan intrépido soldado como era jefe diestro, cayó con diez mil albaneses sobre los cuarenta mil otomanos que cercaban las murallas de Sfetigrad. Firuz-bajá, general del ejército sitiador, el mismo que habia debido su salvacion á la rapidez de su caballo delante de Croya, volvió en vano su caballo para cubrirse con su sable cuando le alcanzó en la pelea Scander-Beg, pues este le abrió el cuerpo hasta el corazon con el corte de su hacha de armas. El cadáver del bajá llevado por su caballo, flotó largo tiempo sobre la silla como el de un hombre beodo, y solo rodó en el polvo cuando llegó en medio de sus soldados confundidos de espanto.

Pero las fortificaciones elevadas al rededor del campo de los sitiadores, detuvieron á los ginetes de Scander-Beg, y este tuvo que volverse á sus bosques sin haber podido abastecer Sfetigrad, que capituló con honrosas condiciones.

La ciudadela de Dibra, inexpugnable al cañon y

á los asaltos de los turcos, hubo de rendirse á la sed: solo un pozo profundo y abundante suministraba el agua á los albaneses de Scander-Beg encerrados en sus murallas de rocas. Los habitantes eran casi todos musulmanes y participaban del horror de los turcos por las impurezas legales enumeradas en el Coran y consideradas como crímenes contra la religion. El cadáver de un perro muerto que arrojó al pozo un cristiano, les pareció una sentencia del cielo que les mandaba abrir sus puertas ántes que hacerse culpables de una impureza. En vano el capitán de Scander-Beg comandante de Dibra y musulman tambien, dijo á sus soldados que la necesidad absolvía el pecado, y bebió en su presencia el agua impura del pozo; la supersticion fué superior al patriotismo, y Dibra capituló como Sfetigrad.

XXIV

Amurat II, dueño de las alturas y de las fortalezas de la Albania, bajó por todas las gargantas á la vez con mas de cien mil otomanos al territorio de Croya, y atacó por todos lados á la capital de Scan-

der-Beg. El príncipe albanés cuya fuerza principal llevaba siempre en sí mismo, se apresuró á salir de Croya, para poder estar libre y presente por todas partes á la vez, dejándola bajo el mando de un jefe albanés de su familia, cuyo corazon y sangre le pertenecian como su propio corazon y su propia sangre.

En vano quiso corromper Amurat la fidelidad de aquel comandante ofreciéndole doscientos mil aspres y un principado independiente en Asia; la corrupcion no fué mas eficaz que las amenazas.

Las balas de doscientas libras de peso lanzadas contra las murallas de Croya por los cañones que Amurat habia fundido allí mismo, solo abrian brecha en la roca, llenando la llanura de Croya de inútiles columnas de humo, y de vanas detonaciones. Scander-Beg que combatia por fuera, no como un general, sino como un jefe de aventureros invisibles, sitiaba todas las noches á Amurat en su propio campo; bajando de las rocas ya por un barranco, ya por el cauce de un torrente, con sus treinta mil montañeses, arrancaba las empalizadas con que los turcos habian cubierto sus tiendas, se deslizaba en el campamento, asesinaba á los soldados que dormian, inutilizaba los caballos, sembraba el terror y la muerte en cien puntos á la vez, y como habia mandado á sus albaneses que se pusieran camisas blancas como

las que llevaban los asiáticos, dejaba en las tinieblas á los otomanos inciertos entre sus compañeros ó sus enemigos. En una sola de esas noches cayeron ocho mil turcos en sus propias tiendas bajo el sable de los albaneses.

En vano trataban los turcos de vengar por el dia los asesinatos de la noche: Scander-Beg se subia otra vez antes del alba á las alturas inaccesibles de Croya, y desaparecia por entre los bosques y las rocas para volver á presentarse de nuevo á la noche siguiente por otro barranco diferente. Sus incursiones nocturnas, concertadas por medio de señales con las salidas del comandante de Croya, su fiel *Uracontes*, diezaban el ejército del sultan. El terror mezclado de admiracion que su nombre inspiraba á los genizaros, antiguos compañeros del guerrero albanés, se habia vuelto como una supersticion en el campo de Amurat, y este terror invisible é invencible, combatia en favor de Scander-Beg en el alma de los mismos enemigos.

XXV

Amurat II que deseaba negociar con un rebelde tan temible, no podia lograr que le alcanzaran sus

genizaros para ofrecerle una tregua y sus proposiciones. Yusuf-bajá, enviado de parlamentario á Scander-Beg, le buscó inútilmente en los bosques del monte *Tumenistos*, su retiro ordinario, y en aquellas hondonadas del *Ismos*, donde sus albaneses se guarecían con las rocas cortadas á pico del cauce de un torrente. Scander-Beg sabedor de que Yusuf le buscaba, se dejó ver en fin en el hondo de un lago seco llamado la *Llanura-Roja*. Los albaneses asistieron á la entrevista: Amurat le ofrecía la soberanía hereditaria de toda la Albania con la única condicion de que pagara un ligero tributo al imperio, y que reconociera su supremacía. Scander-Beg se negó á vender la independencía de sus albaneses á costa de una soberanía comprada de otro modo que con su sangre. Amurat, en vista de la negativa, replegó vergonzosamente los restos de sus dos ejércitos sobre los desfiladeros de Andrinópolis. Scander-Beg que volvió al punto á su capital libertada, hizo sentir al sultan la vergüenza de aquella retirada, y persiguió su retaguardia que fué diezmada por él hasta Rhodopo; Andrinópolis desde lo alto de sus minaretes, vió las hogueras de un jefe montañés que insultaba en lo mas vivo al imperio.

La vergüenza y el dolor se apoderaron del corazon de Amurat acostumbrado á vencer reyes y coa-

liciones, y vencido en lo mas fuerte de su poder por un jefe de bandidos albaneses. Pocos dias despues de su vuelta, humillado en Andrinópolis, cayó muerto en los brazos de la princesa Mara, su esposa mas jóven, en medio del festin que ella le daba para consolarle en una isla del lago de Andrinópolis, sitio campestre cuya soledad le gustaba al sultan porque le recordaba Magnesia.

Amurat II no tenia aun cuarenta y nueve años; habia pasado cinco en Magnesia, cuando sus diferentes abdicaciones, y veinticinco en los campos ó sobre el trono. Pasó sus dias entre la guerra, el amor y la melancolía filosófica que constituia el fondo de su carácter; el imperio que desdeñaba, por lo mismo que era muy digno de él, le fué una carga pesada, y la tristeza de no poder abdicar otra vez mas de un modo conveniente para su pueblo y honroso para él, apresuró el fin de su vida. Obligado á reinar, cuando sus gustos eran los de vivir como un hombre privado; obligado á combatir cuando estaba dotado de instintos pacíficos, su destino, aunque glorioso, habia estado en perpetua contradiccion con su carácter; sin embargo, habia triunfado de todas esas contradicciones de la suerte y aun de su propia repugnancia en reinar, y al morir no dejaba al imperio otro enemigo en pié que Scander-Beg.

XXVI

Los monumentos de su reinado, además de la magnífica mezquita de Andrinópolis que recuerda la majestad de San Pedro de Roma, aunque la arquitectura sagrada presenta menos masa, y mayor gracia, son los caminos, los canales, los acueductos y los puertos con que adornó el Asia y la Europa. También deben contarse como monumentos memorables la organización de la corte y la disciplina del ejército. Dió al imperio la majestad de las cortes persas ó griegas que los otomanos no se habían atrevido á imitar hasta entónces; aquella majestad le pareció uno de los caracteres del poder que conserva á cierta distancia las miradas atónitas de la muchedumbre, y que da como una especie de dignidad á los soberanos en Asia. Con sus tres retiradas voluntarias á Magnesia, mostró claramente que no quería aquel lujo para sí, pero que quería dejar la tradición de aquellas riquezas al imperio.

La descripción de su corte militar hecha por el historiador griego Chalcondyle recuerda las pompas

de Samarcandia, de Bagdad, ó de Constantinopla, cuando reinaban los sucesores de Constantino. Chalcondyle visitó las cortes de Andrinópolis y de Brusa cuya organización retraza en sus recuerdos que la posteridad ha conservado.

« Diez mil infantes, dice, se hallan consagrados especialmente á la guardia de la puerta del sultan. Los niños que caen prisioneros son llevados al Asia por dos ó tres años para que aprendan el turco, y luego que sepan hablar y escribir la lengua, los envían en número de dos ó tres mil á la flota estacionada en Galípoli para que aprendan el servicio de la marina. Todos los años reciben vestidos y un sable. De allí son llamados á la puerta del sultan, con una paga suficiente para su subsistencia, paga que se aumenta, sin embargo, para aquellos que se distinguen. Los reparten por cuerpos de diez ó de cincuenta á las órdenes de oficiales experimentados, en cuyas tiendas sirven durante dos meses, y pasado este término se incorporan en la guardia del palacio del sultan, en cuyo interior no entra nadie, excepto los príncipes de la familia soberana, los visires, los altos funcionarios de la tesorería y los pajes del sultan. El sultan tiene una tienda roja y otras dos cubiertas de fieltro bordado de oro; además hay en el interior otras quince tien-

« das destinadas á diferentes usos. Fuera de este círculo se acampan los demás oficiales superiores de la Puerta, los caballerizos (*mirakhor*), los coperos (*scherabdar*), los tenientes (*mirul-alem*), los jefes de la Puerta (*visires*), y los mensajeros del sultán (*tchauschs*). Como todos estos oficiales llevan de comitiva muchos criados, resulta que el número total del ejército es considerable. Además de los genízaros que forman la guardia distinguida del sultán, la tienda imperial está guardada por trescientos ginetes llamados *silih-dars* (los que llevan las armas), elegidos también entre los genízaros; vienen luego los *gharibs* (extranjeros), así llamados porque son oriundos de Asia, de Egipto ó de otras comarcas del Africa, y después siguen inmediatamente los *ulufedjis* (tropas pagadas) en número de ochocientos, y por último doscientos *spahis*, hijos de turcos nobles que se reclutan entre los pajes del sultán. Tal es el orden adoptado por la Puerta en tiempo de guerra: los *bajás* de *Rumelia* y de *Anatolia* se dividen el mando supremo del ejército y dependen directamente del sultán. Bajo sus órdenes sirven los *sandjakebs* que, admitidos por el soberano á su servicio, reciben con la bandera el gobierno de muchos pueblos, cuyas personas notables y soldados les siguen en la guer-

« ra. En el campo se observa el orden siguiente: la caballería se divide en escuadrones; los *azabs* combaten bajo un solo jefe. Además de los *silah-chors* (mozos de armas), hay también los *azabs*, llamados *akkiam*, cuerpo de infantes empleados en la conservación de los caminos y en otros servicios análogos. Los campamentos se hallan por lo común admirablemente organizados, tanto por la simetría de las tiendas como por la abundancia de provisiones. Los altos dignatarios que acompañan al sultán llevan consigo un crecido número de bestias de carga, de camellos cargados de armas y provisiones, de caballos y mulas, de modo que hay en el ejército más animales que soldados. Hay un cuerpo especial consagrado al transporte de las provisiones. Cuando hay escasez los víveres se reparten entre las mejores tropas. El número de las tiendas del campamento asciende á diez mil, pero este número varía según las necesidades de la campaña. »

XXVII

También data de Amurat II la institución definitiva del título y atribuciones casi imperiales del

gran visir, institucion que parece muy conforme con la naturaleza de los gobiernos orientales. Segun ella la soberanía es sagrada como el despotismo, sin mas contrapeso que la religion y las costumbres; pero sin embargo la libertad de los súbditos debe tener tambien su parte de queja y aun de oposicion á los gobiernos, sin que la queja ni la oposicion, sediciosas con frecuencia, lleguen hasta el soberano. El gran visir está allí para cubrir la responsabilidad y la cabeza del soberano contra los resentimientos de los súbditos. Tal es evidentemente el espíritu de esa institucion, que pareceria en Europa una degradacion abusiva de la autoridad de los soberanos, y cuyas atribuciones nadie ha definido mejor que el doctor publicista Muradja de Ohsson. Como la historia de la monarquía otomana no podria comprenderse sin la debida inteligencia de las funciones y de los títulos de los grandes visires, dejaremos ahora la palabra á *Muradja* de Ohsson.

XXVIII

« El nombre de visir ó vesir, significa en árabe
« *coadjutor*; visir-azen significa gran visir; se cuen-

« tan ciento setenta y ocho desde el año de 1370 has-
« ta 1789, época del advenimiento al trono de *Se-*
« *lim* III.

« Antiguamente ese elevado puesto no se conferia
« mas que á uno de los principales miembros del
« divan; por lo regular el segundo *cubbé-visir* re-
« emplazaba al primer ministro, pero desde la su-
« presion de los *cubbé-visires*, que se efectuó reinan-
« do *Achmet* III, el sultan eleva á esta dignidad ya á
« un gobernador de provincia, ya á uno de los ofi-
« ciales superiores residentes en Constantinopla,
« como el grandé almirante, el tesorero principal, el
« *kehaya-beg*, el *agha* de los *genizaros* y el *silihdar-*
« *agha*. Es muy raro que se eche mano de un indi-
« viduo de grado inferior; pero cuando llega este
« caso, ántes de recibir el anillo imperial, es promo-
« vido á la categoría de baja. Regularmente los favo-
« ritos dirigen la eleccion del soberano, pues confi-
« nado el sultan en su palacio, solo conoce de nom-
« bre sus súbditos que mas se distinguen; la intriga,
« el acaso, el capricho, disponen de las riendas del
« imperio. Son tantas las intrigas, y es tan negra y
« suspicaz la política del serrallo, que el depositario
« de un poder tan crecido no puede conservarlo mu-
« cho tiempo, y vuelve á entrar en la nada en cuan-
« to un oficial del palacio se presenta á pedirle el

« anillo imperial. Cuando esto sucede, si no le qui-
 « tan la vida, por lo ménos le destierran; por lo re-
 « gular le confiscan los bienes, y puede considerarse
 « bien dichoso si obtiene el gobierno de una pro-
 « vincia.

« Antiguamente el nuevo gran visir recibia el ani-
 « llo imperial en su palacio, de manos de un oficial
 « del imperio; pero desde el reinado de Achmet I le
 « recibe, como hemos dicho, de manos del sultan, y
 « concluida la ceremonia se vuelve del palacio á la
 « Puerta escoltado por un destacamento de la guar-
 « dia imperial. Cuando está reunido el divan en el
 « serrallo, la mayor parte de los oficiales de la córte
 « se ponen en fila para recibirle. El agha y los ofi-
 « ciales de los genízaros le hacen una visita de eti-
 « queta los miércoles y los viérnes al salir de la mez-
 « quita; en este último dia pasan tambien á verle,
 « el grande almirante, los dos caballerizos mayores
 « y el sumiller mayor (*capujiler-kehaya*). Da au-
 « diencia pública una vez por mes; la víspera, así
 « como el dia de las dos fiestas del beiran, recibe las
 « visitas de las autoridades civiles y militares; todos
 « los grandes del imperio, excepto el mufti, deben
 « besarle el vestido, pero ordinariamente no lo per-
 « mite y les da á besar su mano.

« Su barca lleva doce pares de remos, y á popa

« una tiendecilla de paño verde; es el único que go-
 « za de la prerogativa de tener ocho guardias de ho-
 « nor (*schatir*) y doce caballos de respeto. Su música
 « militar se compone de un número determinado de
 « caramillos, tambores grandes y pequeños, y plati-
 « llos; en tiempo de guerra añaden un par de timba-
 « les (*kioss*).

« Cuando se presenta en público, sus ugieres le sa-
 « ludan con oraciones que hacen en alta voz. Su ofi-
 « cial (*doadji-tchavusch*), exclama: *Salud y clemen-*
 « *cia divina para tí*; y los *tchavuschs* responden en
 « coro: *Que la fortuna te sea propicia, que Dios te*
 « *ayude; que el Omnipotente proteje los dias de nues-*
 « *tro soberano y del bajá, nuestro señor, y que vivan*
 « *dichosos mucho tiempo.*

« Cuando va á tomar el mando del ejército, recibe
 « del sultan una capa de cibelina de cuello grande,
 « con broches de oro (*capanitza*), un sable, un puñal,
 « un arco, una aljaba, y dos penachos; todos estos
 « objetos guarnecidos de piedras preciosas; sale de
 « la capital con el estandarte de Mahoma y monta
 « uno de los caballos del sultan. Entónces el número
 « de sus caballos de respeto asciende á diez y ocho,
 « y diez y seis guardias de la persona del emperador
 « le acompañan mientras dura la guerra.

« Todos los funcionarios públicos, excepto el mufti,

« reciben del gran visir la investidura de sus cargos;
 « en su presencia, segun las categorías, les ponen un
 « castan ó una capa de cibelina; el primer ministro y
 « el gefe de la ley son los únicos que reciben la inves-
 « tidura del sultan, y que son nombrados, al ménos
 « en apariéncia, para toda su vida.

« El gran visir da con frecuencia paseos (*col*) por
 « el interior de la ciudad, seguido de los oficiales de
 « su casa para examinar el estado de la policía, sobre
 « todo en lo concerniente al precio de los comesti-
 « bles, y á los pesos de los mercaderes. En otro tiem-
 « po le acompañaba el agha de los genizaros y el pri-
 « mer juez de Constantinopla (*Ystambol-cadissi*), pero
 « hoy por lo regular, hace su ronda de incógnito
 « los lunes y los juéyes que son los dias de vacacio-
 « nes en el divan de la Puerta. Entónces se dirige
 « tambien á ver al mufti, para conferenciar con él
 « sobre los negocios mas importantes, señal de aten-
 « cion que prescribe una política prudente. El gran-
 « de almirante y los generales de los tres primeros
 « cuerpos de infantería, hacen tambien sus rondas;
 « cada cual en su barrio, y á veces en la misma
 « noche.

« Cuando el sultan eleva á la dignidad de gran vi-
 « sir á un bajá, gobernador de provincia, constituye
 « provisionalmente hasta su llegada á la capital á un

« oficial con la categoría de bajá de tres colas para que
 « llene las funciones de primer ministro con el título
 « de *caim-mecam*, que significa capitán. En este caso
 « el empleo es de corta duracion y de poca importan-
 « cia, pero no es así en tiempo de guerra, cuando el
 « gran visir manda el ejército, pues el *caim-mecam*
 « que le representa cerca del soberano, es un perso-
 « naje muy influyente, y casi siempre la rivali-
 « dad provoca una lucha sorda entre ambos mi-
 « nistros.

« Durante mucho tiempo los visires habitaron en
 « sus casas particulares; pero desde el año 1654, el
 « que se halla revestido de esta dignidad ocupa un
 « vasto palacio situado no léjos del serrallo, y que se
 « llama la *Puerta del bajá* (*Bajá-capussi*), de donde
 « proviene el nombre de *Puerta Otomana* ó *Sublime*
 « *Puerta*.

« Cuando se resuelve la destitucion del gran visir,
 « un oficial del palacio (por lo regular el *capudjiter-*
 « *helkhdassi*), pasa de incógnito á la Puerta con
 « una órden autógrafa del sultan, y se la presenta al
 « gran visir, quien besando respetuosamente aquel
 « *Khati-scherif*, le entrega al instante el sello impe-
 « rial, se levanta del sofá, sale de su palacio sin que
 « le esté permitido ni aun ver á su familia, y se va
 « al instante al punto de su destierro con la escolta

« del mismo oficial, pues un gran visir destituido no puede permanecer en Constantinopla. Si le deben prender, se encarga de este cuidado el *bostandji-baschi*.

« Este ministerio principal tiene tres divisiones cuyos gefes son: el kehaya-beg, el reiss-effendi y el tchavusch-baschi. »

XXIX

Khalil-bajá, gran visir, á la muerte de Amurat II, era hijo y nieto de visir por derecho de costumbre y de aptitud, mas no por derecho de sucesion. Sin embargo, Amurat constituyó la herencia de ciertas dignidades elevadas del imperio, como verbigracia las de general de los akindjis, guias del sultan, y las de caballero y copero mayor en las familias ilustres de los Mikhal-Oghli, de los Samsama y de los Elvan-Beg.

La lengua turca, la filosofía, la historia, la poesía, las artes, las industrias, excepto la arquitectura, cuya obra maestra es el atrevido minarete de tres escale-

ras de Andrinópolis, hicieron pocos progresos bajo el reinado agitado é interrumpido de Amurat II. Solo un poeta eminente, Amadeddin, autor del *Divan* turco, se hizo célebre y pasó á la posteridad, no tanto por su libro y sus obras como por sus infortunios. Amadeddin quiso considerar el Coran como una simple revelacion de la unidad y de la universalidad de Dios hecha á la razon humana por la voz de un sabio y de un profeta, mas razonable é inspirado que los demás árabes. En su comentario razonado del Coran confundió á Dios con sus obras, y supuso que la naturaleza entera podia decir sin blasfemia: « Soy Dios, emano de Dios, y me absorvo en Dios, como la gota de agua se absorve en el Océano. » Esta doctrina escandalizó á los imanes y á los creyentes, que le acusaron de rebajar á Dios confundiéndole con sus obras, y de rebajar á Mahoma haciendo de él un filósofo en vez de un confidente privilegiado de Dios. Las religiones quieren milagros excepcionales en vez de milagros perpetuos de la naturaleza y de la razon, esos dos grandes sacerdocios de la divinidad. Los ulemas ó doctores de la ley le citaron, le juzgaron y le mandaron despellejar vivo en Brusa, sin que pudieran alcanzar del mártir que renegara de su fe. Este suplicio no acabó en Oriente con el panteismo, que sobrevivió en las doctrinas secre-

tas de los sofis de Persia, de donde habia pasado á Tarquía; el Dios sin nombre, sin forma, sin profeta y sin límite, continuó siendo el enigma, objeto de meditacion de la secta de los sofis.

LIBRO DUODÉCIMO

I

La noticia de la muerte de Amurat II encontró á su hijo Mahomet II en Magnesia, cansado de su destierro, humillado con su inercia é impaciente por volver al trono. « *Que me siga el que bien me quiera* » exclamó lanzándose á caballo, sin dar tiempo á su cóрте para que se dispusiera á marchar. Montado en los fogosos alazanes que están siempre ensillados de distancia en distancia sobre el camino del Asia á la Europa, atravesó las montañas que limitan al Norte la llanura de Magnesia, y corrió de dia y de noche hácia